

PERFIL DE UN NUEVO ORDEN EN ASIA

China y Japón restablecen relaciones

OMAR MARTÍNEZ LEGORRETA

El Colegio de México

EL 29 DE SEPTIEMBRE DE 1972, en Pekín, Chou En-lai, primer ministro de la República Popular China, y Kakuei Tanaka, primer ministro de Japón, en nombre de sus respectivos pueblos y gobiernos restablecieron las relaciones diplomáticas y oficiales, y sancionaron con satisfacción las relaciones comerciales, culturales y de otra índole que ya venían efectuándose, poniendo fin en esta forma al estado de guerra que técnicamente existía entre ambos países.

La amplia publicidad que se dio a este acontecimiento está en relación con su importancia no sólo para China y Japón, sino para Asia y el mundo. En efecto, las relaciones entre estos países por su carácter indiscutible de potencias mundiales son del más amplio interés para la comunidad internacional en el plano formal y también en el de la política diaria.

El hecho era esperado como una consecuencia lógica de los cambios en la política internacional de cada una de las partes, desde que terminó la segunda guerra mundial, así como corolario del desarrollo de los acontecimientos que desde junio de 1971 vinieron sucediéndose en las relaciones entre Japón y los Estados Unidos, China y los Estados Unidos, China y la Unión Soviética, Japón y la Unión Soviética por una parte, y en el seno de la Organización de las Naciones Unidas, por otra. Revisemos brevemente estos acontecimientos.

Entre los cambios más significativos que tuvieron lugar en Asia después de la segunda guerra mundial y que influ-

yeron profundamente en la política internacional de los años sucesivos, se encuentran: el nacimiento de la República Popular China y el resurgimiento de Japón. La República Popular China quedó establecida en el continente en 1949 después de un caos político y una guerra civil de más de veinte años. Apoyada por la Unión Soviética como su principal aliada, China empezó sus esfuerzos para apresurar la industrialización y ampliar su influencia en el Lejano Oriente. Japón, nación vencida, reapareció con un creciente poderío industrial como un bastión de la democracia en Asia; restauró su economía en estrecha colaboración con los Estados Unidos y reanudó sus relaciones con la comunidad internacional.

Desde su reaparición en la escena internacional, la República Popular China y Japón tomaron posiciones ideológicas claramente opuestas; sin embargo, su vecindad geográfica, su afinidad cultural y las necesidades económicas tendieron siempre a aproximarlos. Hasta septiembre de 1972, la guerra fría y otras complicaciones internacionales no habían permitido la normalización de las relaciones entre los dos países que estaban técnicamente en "estado de guerra", si bien en los años pasados, en forma creciente, habían tenido contactos no oficiales, sobre todo en los aspectos económicos y culturales. De hecho, fueron estos contactos los que allanaron el camino para llegar a la ansiada formalización de relaciones.

La República Popular China siempre ha otorgado un lugar preferente a Japón debido a su posición estratégica, su poderío industrial y su población altamente capacitada. Japón, como la nación asiática más desarrollada, es la clave del equilibrio del poder en esa región; China ha considerado, sin duda, que un Japón remilitarizado aliado a los Estados Unidos podría ser un enemigo peligroso, y que también un Japón democrático y próspero podría ser un serio rival en Asia. Por ello, tal vez, el objetivo principal de la estrategia china ha sido atraer a Japón a su órbita, tratando de alejarlo de los Estados Unidos, mediante una com-

binación de halagos y presiones y, así, neutralizar esas amenazas.

Si bien el objetivo de la República Popular China no cambió, se ha observado una transformación gradual en sus tácticas durante los años pasados. Este cambio ha pasado de la política dura de los primeros años, cuando Japón estaba bajo la ocupación de los Estados Unidos, a una línea más suave una vez que recuperó su independencia; actitud que fue particularmente notable a partir de la declaración conjunta sino-soviética de 1957. El cambio obedeció no sólo al estatus diferente de Japón, sino también al fortalecimiento de China y a las modificaciones operadas en la política comunista internacional.

La campaña vigorosamente antijaponesa que los comunistas chinos sostuvieron durante la guerra sino-japonesa, continuó como línea dura del gobierno chino de Pekín a partir de 1949.

La prueba más evidente de aquella temprana hostilidad de China hacia Japón se encuentra en el *Tratado sino-soviético de amistad, alianza y ayuda mutua* firmado en febrero de 1950. El tratado era en realidad una alianza militar contra Japón y también contra los Estados Unidos en previsión de un posible ataque por cualquiera de los dos países o por ambos.

En 1950-1951 se inició la guerra de Corea, con la participación de los "voluntarios" chinos en el conflicto. También se incrementó la violencia del Partido Comunista Japonés. Estos acontecimientos fueron reflejo de la línea dura adoptada por el comunismo internacional, en los momentos en que las potencias occidentales por separado hacían los preparativos para lograr la firma de un tratado de paz con Japón. China reaccionó violentamente contra la redacción preliminar del tratado preparada por los Estados Unidos, calificándola de "documento de guerra" y apoyando la postura soviética que exigía un tratado de paz conjunto, firmado por todos los países que hubieran estado en guerra con Japón, y un retiro de todas las fuerzas extranjeras de este país así como el libre desarrollo de su economía.

Pocos días antes de que se iniciara en San Francisco la conferencia de paz, la prensa china advirtió a Japón que una paz por separado, en la que no estuviesen representadas la República Popular China y la Unión Soviética equivaldría a una declaración de guerra contra ambos países. El mismo documento urgía al pueblo japonés a levantarse y tomar el destino de su país en sus propias manos y a no dejar que un número pequeño de individuos vendieran su nación, a oponerse firmemente a una paz por separado y a no dejar que los imperialistas causaran más conflictos entre los pueblos de Asia. Algunos días después de que se firmara el tratado de San Francisco, el primer ministro Chou En-lai hizo una declaración oficial en la que se decía que la República Popular China consideraba ilegal y nulo ese tratado y lo calificaba como un acto de hostilidad hacia la República Popular China y la Unión Soviética, que agravaría la tensión existente en Asia y en el resto del mundo.

Pocos meses después, el mismo día en que entró en vigor oficialmente el Tratado de Paz de San Francisco, se firmó otro tratado de paz entre Japón y la República China en Taiwán. De ambos acontecimientos hubo denuncias oficiales por parte de Chou En-lai, quien los calificó como un insulto y un acto de hostilidad contra el pueblo chino.

A pesar de que Pekín continuó llamando al Japón "colonía de los Estados Unidos" después de que éste recobró su independencia, varios factores contribuyeron a cambiar gradualmente la línea política de China; por una parte, era un hecho el nuevo estatus independiente de Japón y por otra, el Tratado de Paz de San Francisco la obligaba a hacer ciertos ajustes. Además, la muerte de Stalin y la firma del armisticio en Corea disminuyeron la tensión en el Lejano Oriente. Estos cambios se pueden percibir entre 1952 y 1953, en la firma de varios acuerdos comerciales con organizaciones privadas japonesas, y también en la iniciación de la repatriación de nacionales japoneses que habían quedado en China así como en la promoción de contactos no-oficiales, inclusive de carácter cultural, entre los dos países. A fines de 1953, la prensa china hacía un llamado para el estable-

cimiento de relaciones de buena vecindad entre China y Japón sobre las bases de "respeto mutuo, no agresión, coexistencia pacífica, igualdad y amistad, comercio independiente e intercambio cultural". El periódico oficial que hizo tal llamado citó al primer ministro Chou quien habría dicho: "Consideramos que un Japón independiente, democrático, pacífico y libre debe tener su propio potencial defensivo."

El tremendo aumento de prestigio internacional que significó para China su participación en las pláticas de paz de Ginebra que dieron fin al conflicto de Indochina en 1954, tuvo como consecuencia un nuevo cambio en la política hacia Japón. En el mismo año, el comunicado conjunto que firmaron Chou En-lai y Nehru, primer ministro de la India, que contenía los cinco principios para la paz, marcó la nueva política china para ganar amigos en Asia. Esos cinco principios, base de las relaciones sino-japonesas, eran: respeto mutuo a la integridad territorial y soberanía de cada uno, no interferencia en los asuntos de cada parte, igualdad, beneficio mutuo y coexistencia pacífica.

Más tarde, en octubre de 1954, en la declaración conjunta sino-soviética se manifestaba el deseo de Pekín y Moscú de normalizar las relaciones con Japón. El documento declaraba que esta política estaba basada en el principio de la coexistencia pacífica de los estados con sistemas sociales diferentes, y pedía el desarrollo de relaciones comerciales amplias de beneficio mutuo, además del establecimiento de relaciones culturales con Japón.

Se puede decir que desde 1954 China siguió con Japón esta política, a pesar de sus ocasionales estallidos de cólera contra el gobierno japonés y sus críticas mordaces a los primeros ministros que se han sucedido al frente del mismo. Japón había dejado de ser un enemigo de China para convertirse en un país que sufría estatus colonial. Varios funcionarios chinos empezaron a sugerir a los japoneses la necesidad de concertar un pacto de no agresión y de restaurar las relaciones diplomáticas.

Por otra parte, Pekín dio otros pasos para promover contactos no oficiales de buena voluntad. Se reactivó el pro-

grama de repatriación, se liberaron varios "criminales de guerra" japoneses, se firmaron varios acuerdos no-gubernamentales, especialmente comerciales, y se ampliaron los intercambios culturales. En ausencia de relaciones oficiales, para lograr un acercamiento, esta política fue ciertamente muy distinta de la que Pekín había observado con Japón después de la aparición de la República Popular.

Como se dijo antes, el objetivo primordial de Pekín en su política ha sido tratar de alejar a Japón de su alianza con los Estados Unidos para acercarlo gradualmente a su esfera de influencia. Esto había sido buscado a través de una combinación de amenazas militares, presiones internas en la política doméstica japonesa, el llamado ideológico y el señuelo del comercio. Gradualmente, China puso más énfasis en los atractivos que en las amenazas, de acuerdo con los cambios en la política internacional, entre los que estuvo la restauración de relaciones diplomáticas entre Japón y la Unión Soviética en 1956. Resultaría interesante ver hasta qué punto ha tenido éxito China en su intento de alejar a Japón de los Estados Unidos.

Por lo que a Japón toca, la actitud del gobierno japonés ha sido mantener, con ligeras variaciones, su política de cooperación estrecha con los Estados Unidos, afirmar sus lazos diplomáticos y comerciales con Taiwán y rechazar el comunismo internacional. Sin embargo, las presiones a favor de un comercio más amplio y la apertura amistosa de la República Popular China favorecieron un movimiento que tendía a mejorar las relaciones con el continente. Las cautelosas maniobras del gobierno japonés en este sentido determinaron en realidad la tónica de la política internacional de Japón logrando, de cierta manera, equilibrar la necesidad de desarrollar mayores relaciones con su vecino, por una parte, y mantener sus compromisos con Formosa y su amistosa colaboración con los Estados Unidos, por otra. Sin embargo, esa política, hasta cierto punto ambivalente, no había dejado satisfecha a ninguna de las partes.

Cuando se estableció la República Popular China, Japón era un país ocupado sin libertad para determinar sus re-

laciones exteriores y cuando apareció la propuesta de un tratado de paz por separado entre Japón y las potencias occidentales, el gobierno japonés aceptó la proposición combinada de Inglaterra y los Estados Unidos, a pesar de la exigencia socialista de un tratado de paz general que incluyera las firmas de la Unión Soviética y la República Popular China. El Tratado de Paz de San Francisco, indicaba que Japón estaría en libertad de determinar con cuál gobierno chino quería sostener relaciones, una vez que hubiera recuperado su independencia.

Sin duda bajo la influencia de Washington, el gobierno japonés estableció relaciones con China nacionalista poco después de la Conferencia de San Francisco. Las razones por las que Tokio tomó esta decisión están en la carta que escribió el Premier del gobierno japonés Yoshida al embajador John Foster Dulles. En esta carta, que sentó las bases de la política japonesa hacia China, se señalaban los siguientes puntos principales: el deseo del gobierno japonés de llegar a tener a la postre, en forma completa, paz y relaciones comerciales con China, el vecino más cercano de Japón; pero, por el momento, el deseo de establecer relaciones con Taipei, porque el gobierno nacionalista "tiene el lugar, la voz y el voto de China en las Naciones Unidas, ejerce de hecho una autoridad gubernamental sobre un cierto territorio y mantiene relaciones diplomáticas con la mayoría de los miembros de las Naciones Unidas". Sin embargo, el tratado propuesto a Taipei sería más que nada un arreglo limitado y significaría meramente el reconocimiento del gobierno nacionalista como el gobierno de cualquier territorio sobre el que se ejerza control de hecho y no como el gobierno de toda China. Finalmente, la carta mencionaba varias razones específicas por las que Japón no tenía intenciones, por el momento, de reconocer a Pekín: el régimen comunista estaba de hecho condenado por las Naciones Unidas como un agresor; el tratado sino-soviético de 1950 constituía efectivamente una alianza militar dirigida contra Japón; había razones para creer que el régimen comunista en China estaba apoyando al Partido Comunista Japonés en su pro-

grama para derrocar violentamente el sistema constitucional y el propio gobierno de Japón.

El tratado de paz con China nacionalista provocó una violenta y amarga reacción en Pekín y grandes críticas internas en Japón. Al firmar aquel documento el gobierno japonés creía no haberse comprometido a reconocer al régimen nacionalista como gobierno legítimo de toda China porque, según se decía, "los términos del presente tratado serían aplicables, en lo que se refería a la República de China, a todos los territorios que estuvieran entonces, o que pudieran llegar a estar en lo sucesivo, bajo el control de ese gobierno".

Sin duda es en esta ocasión cuando se empezó a manejar el concepto de las "dos Chinas", mientras que se pretendía dejar la puerta abierta a las futuras negociaciones con China continental, particularmente en lo económico. Yoshida mismo decía que, roja o blanca, China seguía siendo su vecino, y que la geografía y las leyes económicas prevalecerían, a la larga, sobre cualquier diferencia ideológica y sobre las barreras impuestas artificialmente al comercio. Fue durante su gobierno que Japón empezó a anular las restricciones a las exportaciones y a suavizar sus disposiciones sobre viajes a la República Popular China. Por otra parte, para conservar sus relaciones con el llamado mundo libre, evitó toda relación oficial directa con Pekín. Como ejemplo de esta actitud se observa que cuando en la declaración conjunta sino-soviética de octubre de 1954 se propuso la reanudación de relaciones con Japón, el asunto fue oficialmente calificado como parte de la ofensiva de paz de los comunistas y como un esfuerzo más para separar a Japón de los Estados Unidos.

El problema más delicado de los sucesivos regímenes japoneses hasta el de Sato, fue llevar adelante la política de promover las relaciones económicas con la República Popular China al propio tiempo que se evitaba todo compromiso político.

El *tempo* que marcó el avance por ambas partes en pro de la tan ansiada normalización parece quedar indicado por la

presteza con que el gobierno del primer ministro Sato aprovechó el anuncio que hizo el presidente de los Estados Unidos, Nixon, de su viaje a Pekín. El comunicado conjunto de la entrevista de Sato con Nixon en San Clemente en enero de 1972, señala claramente la independencia y libertad de acción de Tokio en sus tratos con Pekín, si bien indica que habría consultas entre las dos partes antes de todo paso decisivo. Como anuncio de la política concreta que el gobierno japonés pondría finalmente en ejecución respecto al problema de la República Popular China, es interesante observar que uno de los primeros anuncios que hizo el nuevo primer ministro Tanaka sobre política exterior se refirió a la pronta normalización de las relaciones con Pekín.

El 19 de julio del presente año, Tanaka dijo a la prensa que "la cuestión china es la mayor cuestión diplomática. China es un vecino del Japón y existe una larga historia de contactos durante más de dos mil años entre los dos países. El Japón fue nutrido por la cultura china y éste es un hecho independiente de la voluntad del hombre. Esto constituye los vínculos mutuos en los que han vivido el Japón y China. Opino que es lo mejor para el Japón y China restaurar condiciones normales y creo que todos los japoneses piensan lo mismo. Tengo la convicción de que el tiempo está maduro, y esta sola frase es suficiente para comprender todas las palabras por decir".

La política del gobierno japonés hacia Pekín había estado condicionada por su alianza con los Estados Unidos y por sus relaciones con China nacionalista. Ante el dilema de normalizar relaciones con su vecino y la obligación de guardar sus compromisos internacionales, el gobierno japonés encontró una salida al permitir el desarrollo de relaciones no-gubernamentales con la República Popular China en varias formas de la "diplomacia del pueblo" que incluía el intercambio de misiones culturales y de buena voluntad, la firma de acuerdos sobre pesca y comercio y la repatriación de nacionales japoneses.

Del desarrollo de las respectivas políticas internacionales de la República Popular China y de Japón se desprende

que, si bien ambas habían venido experimentando cambios que las acercaban a la meta final, era necesario que se produjeran otras condiciones tanto en la escena doméstica como en la internacional, que les permitiera el acercamiento final. Esos cambios tuvieron lugar a partir de 1971.

Entre los principales cambios domésticos indispensables se deben mencionar la desaparición de la escena política china de Lin Piao, sucesor oficial de Mao Tse-tung y mayor defensor de la línea dura en la política exterior de China; en Japón, el cambio del gobierno que encabezaba el Premier Sato, figura totalmente inaceptable para Pekín, por el gobierno que dirige Tanaka, favorable a una reanudación de relaciones con China.

En el panorama internacional, la República Popular China fue reconocida como miembro de la Organización de las Naciones Unidas, y su gobierno como el único representante del pueblo chino, en octubre de 1971. Al mismo tiempo la Organización retiró su reconocimiento al régimen nacionalista de Taiwán. Pekín ganó la última batalla y con ello, el reconocimiento oficial de la mayoría de los estados miembros de la Organización, los que en negociaciones bilaterales concluyeron tratados de reconocimiento y amistad con China. Japón vio caer así dos de los obstáculos que él mismo creara en aquella carta de Yoshida a Dulles acerca de las bases de la política exterior japonesa respecto a la República Popular China. De más está decir que su admisión en las Naciones Unidas fue vista con gran satisfacción en Japón.

Otros acontecimientos internacionales importantes vinieron a apresurar el reconocimiento sino-japonés. La política exterior china hacia los Estados Unidos, sobre todo después de la Revolución Cultural, ha propiciado esa forma tan sutil de relaciones que es la "diplomacia del pueblo" que, en forma similar a como se llevó a cabo en Japón, ha permitido y acrecentado los contactos comerciales y culturales entre China y los Estados Unidos. El viaje del equipo chino de ping-pong a los Estados Unidos fue un paso muy afortunado en el proceso de deshielo paulatino de las relaciones entre ambos países. Japón ha observado con gran atención

estos acontecimientos y pronto los ha calificado de muy satisfactorios.

A pesar de que el desarrollo de ese incipiente intercambio habría de conducir lógicamente a pasos más claros para un entendimiento entre Washington y Pekín, Japón no estaba preparado para aceptar el viaje sorpresivo de Nixon a la República Popular China en febrero de 1972. La fidelidad de Japón hacia sus compromisos internacionales y la reiterada seguridad de que no entraría en tratos con Pekín que pusieran en peligro su amistad con los Estados Unidos, no fueron suficientes para merecer la atención de una consulta previa o siquiera el anuncio anticipado del inminente viaje presidencial. Este incidente vino a aumentar la dificultad con que se habían venido desenvolviendo las relaciones entre Japón y los Estados Unidos, ya deterioradas por las respectivas políticas económicas. Es posible que la visita de Nixon a China haya hecho pensar a los líderes del Partido Liberal Demócrata que Japón no necesitaba, después de todo, ser tan obstinadamente fiel a su amistad con Estados Unidos. La elección de Kakuei Tanaka puede verse como una confirmación de ese punto de vista, así como un indicio de que Japón pondrá en práctica una política internacional más independiente y, tal vez, más asiática.

El estado en que se encuentran las relaciones entre China y la Unión Soviética también ha contribuido, sin duda, a acelerar el acercamiento sino-japonés. Largo camino se ha andado desde la declaración conjunta sino-soviética de 1954. El frente común que presentaron China y la Unión Soviética y su ofensiva de paz internacional se resquebrajó al punto en que se encuentran ahora. La Unión Soviética se ha convertido en el enemigo número uno del pueblo chino, desbancando de tan dudoso honor a los Estados Unidos. Ciertamente, para Japón ha resultado beneficiosa la imposibilidad de una actitud conjunta que hubiera dictado tal vez condiciones muy incómodas para el restablecimiento de relaciones. Le resulta más conveniente a Tokio negociar por separado intereses vitales para el futuro desarrollo de su posición en Asia. Por lo pronto, la normalización de relaciones entre

Japón y China ha tenido la virtud de avivar el deseo de la Unión Soviética de firmar un tratado de paz con Japón, pues aquélla no firmó el Tratado de San Francisco, de acelerar el desarrollo económico de sus territorios que bordean el océano Pacífico, con la colaboración económica de Japón, así como de mostrar una actitud positiva a las consultas japonesas sobre una posible devolución de las Islas Kuriles o una eventual renta de las mismas para permitir su explotación y tal vez colonización por Japón.

Es obvio que se ha dado un importante cambio en la balanza y relaciones de poder en la cuenca del Pacífico norte, y que se encuentran en camino muy importantes negociaciones entre los países interesados. Hace unos días se encontraba en Moscú Masayoshi Ohira, ministro japonés de asuntos extranjeros, para tratar los problemas que surgen de esa nueva relación, así como para asegurar que la normalización de las relaciones entre Tokio y Pekín no significa en forma alguna un peligro para la Unión Soviética. Este cambio se traducirá también en mayores relaciones económicas que tal vez no se hubieran logrado de haber seguido China y la Unión Soviética presentando un frente común.

La relación de fuerzas y los intereses rectores de la política internacional en el Lejano Oriente y en general en Asia han cambiado profunda y decisivamente. La guerra de Vietnam que parece no haber sido hasta ahora más que el cruel e inútil sacrificio de un país, ha tenido la virtud de acelerar el convencimiento de un cambio muy necesario en la perspectiva de los países interesados. De las distintas partes directamente involucradas se han producido avances importantes hacia un entendimiento en terrenos distintos de los convencionales y formales. Es posible ver en la reanudación de relaciones entre China y Japón el cumplimiento de la primera etapa de un largo camino a un nuevo orden internacional en Asia; ¿cuáles serán en definitiva las características de ese nuevo orden?, y ¿cuál la parte que les corresponda desempeñar a los países menores del área?, son aspectos que guarda el porvenir.

Como primeras luces sobre ese futuro en Asia contamos con el comunicado conjunto que firmaron los primeros ministros Chou y Tanaka y que se inicia con un preámbulo en el que se dice que las convenciones sino-japonesas fueron "serias y francas", dentro de un ambiente "constantemente amistoso". Se desarrolla luego el punto central de las discusiones, indicándose que los pueblos de China y Japón desean poner fin "al estado de cosas anormal que ha existido hasta ahora entre los dos países", es decir, "poner fin al estado de guerra, normalizar las relaciones...", lo que permitirá recomenzar un nuevo capítulo en los anales de las relaciones entre los dos países". Por los horrores y atrocidades que cometieron los soldados japoneses durante la guerra entre China y Japón, la parte japonesa hace constar que tiene "una aguda conciencia de las responsabilidades que incumben al Japón por haber causado en el pasado, debido a la guerra, daños enormes al pueblo chino y siente un enorme remordimiento". La diferencia de sistemas sociales en sus pueblos no son obstáculo para que "los dos países puedan establecer relaciones pacíficas y amistosas". Esas relaciones así concebidas en el preámbulo del comunicado, "contribuirán igualmente a la disminución de la tensión en Asia y al mantenimiento de la paz mundial".

Los nueve puntos dispositivos del comunicado se refieren, en primer lugar, a que "la situación anormal que existió hasta ahora entre la República Popular China y el Japón termina en la fecha de publicación del presente documento". Enseguida, añade que "el gobierno japonés reconoce al gobierno de la República Popular China como el único gobierno legal de China", y establece que, "Taiwán es una parte inalienable de la República Popular China. El gobierno de Japón comprende y respeta plenamente la posición del gobierno de China a ese respecto y acepta conformarse al artículo 8 de la Declaración de Postdam".

El comunicado se refiere también a los principios que regirán las relaciones entre los dos países: "respeto mutuo de la soberanía y la integridad territorial, la no agresión, la no injerencia en los asuntos internos de la otra parte, mu-

tu beneficio y coexistencia pacífica". Ambos países declaran que, en caso de conflicto, éste será solucionado "por medios pacíficos, sin recurrir al uso o a la amenaza de la fuerza". Esta normalización de relaciones no debe interpretarse, afirman las partes, como dirigida "contra ningún tercer país", y ninguno de los dos buscará "la hegemonía en la región del Asia del Pacífico" y se opondrán "a las tentativas de cualquier otro país o grupo de países de establecer tal hegemonía".

El documento concluye haciendo referencia a las próximas negociaciones para la celebración de un tratado de paz y amistad, así como a otros acuerdos sobre comercio, navegación, aviación y pesca.

La secuencia lógica de la firma de este documento fue la terminación de las relaciones diplomáticas entre Japón y la República Popular China en Taiwán. El embajador japonés en Taipei entregó a Chang Kai-shek un mensaje del primer ministro japonés en el que explicaba que, a causa de la normalización de relaciones con Pekín, Japón no podía continuar las relaciones diplomáticas con Taiwán. Horas después, Taipei anunció que daba por terminadas sus relaciones con Japón, responsabilizando del acto al gobierno japonés.

No es posible ver en el comunicado conjunto más de lo que realmente se dice. Se debe esperar la firma de los próximos tratados y acuerdos, y éstos serán los que realmente entren en materia en cuanto al nuevo estado de cosas. El primer ministro Tanaka ha anunciado rápidamente que la normalización de relaciones entre China y Japón no significa la creación de una superpotencia en Asia. Sin embargo, las reacciones de los demás países asiáticos, que fueron muy variadas, muestran una cautela lógica y hacen dudar que las nuevas relaciones sino-japonesas puedan llegar a ser un acontecimiento absolutamente benéfico y esperanzador para el mundo asiático.